



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 18 DE JULIO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Violencia de pueblos y ciudades

CUENTO PARA MAÑANA

OLGA DE LEÓN G.

¿Pa' donde vas Casimiro?, digo, si se puede saber. Si no me voy doña Domitila. ¡Ah!, pos entonces, ¿de dónde vienes, tú? Y, que haces por este barrio y parado de esa forma con una pierna doblada y la suela de tu bota apoyada en la pared. Y esos trapos nuevos, chamaco, ¿de dónde los sacaste?, no andarás robando las casas de ricos... ¡No, oiga, no me diga eso!, usted me conoce doña, Bueno, bueno, solo dime, ¿por qué tan elegante? Traes novia, ¡eso es! Casimiro se sonroja, y mira para otro lado.

Así empecé un cuento hace muchos años y nunca lo continué. La idea sigue allí, está fresca; pero tampoco hoy estoy segura de que lo continuaré.

Miro hacia atrás y me gusta lo que veo. Me gustó como fui, como era, quizás como soy: según yo veo mis cosas. Otros opinarán diferente. No importa. De todas formas soy yo, la misma... y no, no la misma.

Esta de hoy ya es una vieja, sin el más. Como a los nueve era una niña, a los trece una púber, a los diecisiete una incipiente universitaria (¡ah, cuán segura de mí misma era!). Quería devorarme al mundo en los libros y contradecir a los maestros en cualquier resquicio que encontrara en sus disertaciones: era tremenda: era joven recién saliendo de la adolescencia; era foránea; y ansiaba demostrar que de donde yo venía, mis maestros habían sido excelentes; los pueblos pequeños también tienen cultura y gente estudiada y muy inteligente.

... Mejor sí termino el cuento. La contradicción es parte de mi esencia, de mi personalidad: mi filosofía. Luego seguiré con lo mío:

...pues sí, como iba yo diciendo, resulta que con el sonrojo y disimulo, Casimiro se echó de cabeza sin hablar, ni pío había dicho; pero, la Domitila se apadó del joven: nada añadió. La vieja chismosa era eso: una chismosa, pero no venenosa, como otras. Las que no tienen ningún oficio, ni hombre por quien mirar, ni hijos que miren por ellas.

Al baile, no fue. No, a Casimiro no lo mataron en ningún baile; ni por enamorada ni por andar detrás de la chamaca del "Morro"; que dicho sea de paso, él no lo sabía. La muchachita era coqueta y se dejaba mirar por cualquiera que quisiera mirarla. "Ansina eran las cosas en el rancho".

Cumpliría diecisiete años al día siguiente, 22 de noviembre de 2009. "¡Pobre Casimiro!, ni la debía ni la temía" "Solo estubo en el lugar equivocado -el mismo donde días atrás lo encontrara Domitila-, puesto como timbal pa'l tiro al blanco. Le dejaron caer toda la carga como ráfaga enfurecida sobre el pecho y en diversas partes del cuerpo".

Los asesinos iban a cobrar una cuenta, de alguien que se les negó a seguir jalando con ellos en sus fechorías. Y, creyeron que era el muchacho que estaba con su sombrero puesto, la pierna doblada y la



suela del botín en la pared, cerca de una casa. Él, el Casimiro, miraba pa'l frente, esperaba ver llegar por allí a la dueña de sus miradas.

La chamaca llegó a la acera, pero ni cruzó la calle -me diría el otro testigo del crimen-. Se giró en 180 grados, y empezó a caminar "reaprisa", hasta que se nos perdió de la vista en alguna vuelta que dio, o se metió en alguna casa. Allí quedó tirado Casimiro, hasta que fue su madre a llorarlo a grito abierto. Nadie logró consolarla, era su hijo mayor y el más bueno de sus cuatro hijos, el único que la ayudaba con todo, lo que fuera que ella le pidiera.

¡Cuántas historias como esta y peores se siguen viendo por todo el cuerno de la abundancia, como se le decía a México. Ahora, desde hace varios sexenios: "Cuerno de la abundancia del crimen". Y con estas milicias y autoridades actuales, encargadas de cuidar a los ciudadanos, pero que el Patrón de la Democracia tiene maniatados y no pueden actuar... Y, pos como el jefe es de corazón tan blando: no quiere responder con las mismas armas: "nosotros no somos iguales".

En fin, veré en otra ocasión, si el cuento de Casimiro mejora, o por lo menos le invento una historia más romántica. Hoy me duele mucho mi país.

Como iba yo refiriéndoles, a los diecisiete estaba estudiando Filosofía, y mi cerebritito era una olla "Presto" o un perol como el de las brujas en caricaturas, pero que nunca estalló, solo producía muchas ideas, aunque no todas lograron ver la luz de la modernidad ni del mundo... porque pronto un crimen mayor sucedería en México, a los dos años: La matanza de Tlatelolco. Nunca aspiré a haber estado en la Plaza de las Tres Culturas en aquellos días, no soy de espíritu suicida, pero sí sensible, muy sensible ante cualquier injusticia,

máxima esta: Crimen de lesa humanidad.

Pareciera que en mi querido país, sus Presidentes se llevan las palmas en crímenes, injusticias, robos, mentiras y secretos. ¿Será este un real y verdadera excepción? Recuerden que estudio Filosofía entre diecisiete y veintidós años, en que acabo la licenciatura: y nuestro padre muere a los tres meses de concluida mi carrera, soy la hermana mayor y no fui ni soy aspiracioncita: y la silla presidencial, nadie de mi familia la ha buscado ni pretendido.

AUTÉNTICAMENTE CONFUNDIDO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

En su recámara hay ropa sucia regada: en el piso, en la silla, sobre la cama destendida, por cualquier lado. El pequeño escritorio es un desastre de rayones con tina roja y picada con puntas de lápices, enterradas como si hubieran querido hundir un cuchillo sobre cuerpos adultos. La parte posterior del escritorio está resquebrajado: una patada con la punta de una bota. En la alfombra hay tiras de cáscaras de plátano, huesos de manzana, semillas de toronjas y naranjas. Se respira un aroma como a tortilla vieja llena de hongos, y a sudor amargo. La alfombra: tiesa y polvorienta. Bajo la cama hay tres revistas escondidas: Playboy, Penthouse y Hustler, todas de enero de 2004. De las paredes blancas, manchadas a la altura del pecho por grasa de manos sucias, hay carteles de películas violentas: Perros de paja, Holocausto canibal y Salo o los 120 días de Sodoma. Desde el reproductor de discos compactos se escucha Trash Metal: Dobles bombos y acordes en guitarras eléctricas ejecutados por dieciséisavos incesantes, como máquinas que excavan el cráneo del adolescente mismo que escucha tirado en la cama, boca arriba, sin camisa y con los pies descalzos. Mantiene los ojos cerrados, en calma se toca el estómago porque tiene hambre,

pero hace media hora no encontró nada qué comer en el refrigerador de la casa. Su madre llegará hasta en la noche. ¿Le dirá lo que ha sucedido en la escuela?

Se suelta un torrente de ladridos de perros en celo, en la calle. Él alcanza a escucharlos, solo brevemente. La música de Slayer no deja entrar el ruido, de afuera donde en un instante se unen el rechinado de frenos de un camión urbano y el claxon de los autos que se detienen intempestivamente, a punto de chocar. El chico se levanta y asoma su vista por la ventana que da al patio. Observa el cielo de nubes negras que se confunden con el universo más allá de la exósfera. Abre el vidrio y deja entrar el aroma que la madre selva echa al oscurecer, luego de haber estado bajo el sol toda la tarde. Camina arrastrando los pies de regreso a su cama, y suelta una patada a su mochila tirada junto al escritorio, que le duele. Sus ojos asoman las lágrimas. ¡Qué distinta sería su situación de no haber respondido con golpes a la incitación de sus compañeros! Vuelve a levantarse y sale del cuarto para entrar al único baño de la casa. Observa en el espejo: sus ojos de vampiro: desterrado de la noche, y la herida de sangre seca en sus labios rotos.

Escucha el sonido del portón de la casa que se abre... y luego el lento entrar del auto a la cochera. Se queda quieto. Mira en el espejo su pecho delgado lleno de moretones. Aguarda: "¡Ayúdame con el mandato!". Se escucha levantarse el metal del cofre del auto. Sale descalzo. "¿Qué te pasó en el labio?... ¿y en el pecho?" El chico baja la mirada buscando hormigas o gusanos que aplastar, pero no encuentra nada. "Me expulsaron de la prepa". Su madre enciende los puños y aprieta el ceño... hasta que sus venas explotan soltando a su hijo dos bofetadas: que vuelven a sacar sangre de los labios.



Jane Austen

(Steventon, Gran Bretaña, 1775 - Winchester, id., 1817) Novelista británica. Su padre, un clérigo protestante, era rector de la parroquia de Steventon. Séptima hija de una familia de ocho hermanos, su padre se encargó personalmente de su educación; en la amplia biblioteca familiar conoció la obra de Daniel Defoe, Samuel Richardson, Henry Fielding, Laurence Sterne y otras figuras de la incipiente narrativa inglesa.

En 1801, los Austen se trasladaron a Bath y, tras la muerte del cabeza de familia, en 1805, primero a Southampton y luego a Chawton, un pueblo de Hampshire, donde la escritora redactó la mayoría de sus novelas. La suya fue una vida sin grandes acontecimientos, apenas sin nada que turbara la placidez de una existencia pequeñoburguesa y provinciana; sólo muy de tarde en tarde realizaba algún que otro viaje a Londres. Tampoco llegó a contraer matrimonio.

Apacible, sereno y equilibrado es también su modo de novelar, la minuciosa y sutil ironía con que describe el ambiente que la rodea, el de la alta clase rural del sur de Inglaterra. La intriga narrativa suele ser de poca importancia, por lo que el interés de sus obras reside en los diferentes matices psicológicos de sus personajes, interpretados con gran agudeza, y en la descripción amable y comprensiva, pero no carente de maliciosa ironía, del ambiente social en que sitúa sus criaturas, que no es otro que el suyo propio, el de la burguesía acomodada.

Las seis novelas que escribió conviene agruparlas en dos períodos diferentes. Durante el primero vieron la luz una serie de títulos, algunos de los cuales tardaron más de quince años en ser editados. Este fue el caso de Orgullo y prejuicio (Pride and prejudice), considerada la mejor de sus novelas, cuya redacción emprendió el año 1796, aunque no se publicaría hasta 1813. En ella, Austen relata la historia de las cinco hermanas Bennet y las tribulaciones de sus respectivos amos.

También son de este período Sentido y sensibilidad (Sense and sensibility, 1811), centrada otra vez en la historia de dos hermanas y sus asuntos amorosos, y caracterizada por su realismo; al cineasta taiwanés Ang Lee se debe una memorable traslación a la gran pantalla (Sentido y sensibilidad, 1995), interpretada por Emma Thompson, Kate Winslet y Hugh Grant. La abadía de Northanger (Northanger Abbey, 1818), por último, es una especie de parodia sobre la novela gótica, tan en boga a finales del siglo XVIII.

Su segunda etapa creativa empezó en 1811, y marcó su recuperación tras doce años de esterilidad creadora. El parque de Mansfield (Mansfield Park, 1814), Emma (1816) y Persuasión (Persuasion, publicada póstumamente) son títulos que corresponden a este momento, y todos ellos narran los enredos románticos de sus tres heroínas, tratados con gracia y profundidad. Tiempo después de su muerte aparecieron varias novelas incompletas, como Los Watson, Fragmentos de una novela, Plan para una novela y su correspondencia, publicada bajo el título de Cartas.

Jane Austen contó desde un principio con una acogida excelente para sus novelas. Son relatos en que predominan la observación incisiva y los detalles meticulosos en una trama que consigue dar fuerza a acontecimientos en apariencia triviales y cotidianos, y que rescatan, incluso para los personajes secundarios, un cierto sentido de universalidad que tan gratos los hizo a los lectores y por los cuales la escritora se convirtió en uno de los grandes difusores de la novela británica.

ad pedem literae

La primera igualdad es la equidad

Victor Hugo

Letras de
buen humor

A los viejos les gusta dar buenos consejos, para consolarse de no poder dar malos ejemplos

François de La
Rochefoucauld

Mónica Lavín

La soledad

¿Quién dijo que la soledad era buena? Es deseable cuando la buscamos. Porque sin duda requerimos de tiempos sociales y tiempos de silencio con nosotros mismo. Pero la soledad impuesta, más frecuente en mayores de 65 años, y agravada en tiempos de pandemia, es una enfermedad social que ya está siendo considerada en países como el Reino Unido asunto de Estado (EL UNIVER-SAL, 13 de julio).

En el mismo artículo me entero que en Japón se creó un ministerio para combatirla porque el número de suicidios ha sido el doble que las muertes por pandemia en el 2020. Nuestra soledad a la mexicana quizás resulte más acompañada a nivel familiar (no necesariamente más grata) en modos de hacinamiento por pobreza.

Vaya paradoja, aunque es una mera conjetura. Tampoco sé si entre mayores ingresos, el panorama de estar solo en una casa sea más frecuente. Seguramente alguien lo está estudiando y nos dará un retrato de ello.

Si la soledad como una condena de la circunstancia era indeseable desde antes del Covid-19, este ha agudizado todo tipo de malestares psicológicos en una

gama de edades, no sólo por el aislamiento en soledad sino por el confinamiento en prolongada convivencia cotidiana. El exceso de espacio o la falta de espacio... El equilibrio es la libertad de elegir estar con los otros que nos son necesarios, y estar con nosotros lo que también nos es necesario. Perder esa libertad por capacidades físicas, por dependencias, por problemas de salud pública deriva en el paulatino hundimiento anímico. Pessoa dice a Ricardo Reiss en la novela que más me gusta de Saramago que la soledad no es vivir solo, la soledad es no ser capaz de hacer compañía a alguien o algo que está en nosotros. Pero la pandemia nos ha demostrado que uno mismo no se basta. Necesitamos a los otros. La tecnología ha ayudado, sin duda, y eso para quienes la tenemos al alcance. Por más libros que se lean, películas vistas y encuentros virtuales uno necesita el sonido de la risa, el olor de alguien más, el sonido de la voz, la respiración del silencio, la temperatura de otras pieles.

Me cuenta mi hija que cuando vivió en Vancouver había letreros en las calles sugiriendo que cuando vieras a un anciano solo, le platicaras. Y esto sin la



agravante del encierro. La pandemia ha colocado un peso a la soledad impuesta que se nos estrella en la cara. ¿Habremos de ver Ministerios de la Soledad apareciendo en todo el planeta? Me pregunto cuál será el impacto en lo escrito, en lo que habremos de leer pronto o dentro de un tiempo. Si bien los escritores necesitamos esa soledad, esa concentración para escuchar la clave Morse, como se refería Faulkner al hecho de la concentración, al pacto de silencio necesario para que surja algo de lo que tenemos que estar atentos, ese tiempo en soledad es una elección. Los solos y solitarios,

los ermitaños, los monjes que hacen votos de silencio, las monjas en clausura, los que se apartan del mundo siempre nos han llamado la atención. Por excéntricos, porque son una afrenta y nos preguntamos si seríamos capaces de ello. De cualquier manera, lo han elegido, como en el maravilloso cuento de Guimarães Rosa, "La tercera orilla del río", en donde un hombre se embarca y flota, y solo recoge los alimentos que su esposa le deja cada mañana en la playa.

Tal vez son tiempos de volver a leer Una soledad demasiado ruidosa, de Bohumil Hrabal.